Breve historia del budismo

Ernest Yassine Bendriss

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia del budismo*
Autor: © Ernest Yassine Bendriss

Copyright de la presente edición: © 2014 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación
Imagen de portada: Buda de Gandhara. Siglos I-II, Museo Nacional de Tokyo.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-638-8
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-639-5
ISBN edición digital: 978-84-9967-640-1
Fecha de edición: Octubre 2014

Impreso en España
Imprime: Grafilia
Depósito legal: M-24445-2014

A mi hijo Joshua
A Isabel

Más grande que la conquista en batalla de mil veces
mil hombres es la conquista de uno mismo.

Buda, Dhammapada (103)

Índice

Introducción 15

Capítulo 1. La civilización del valle del Indo 21
Una cultura brillante 21
El sánscrito y Occidente 28
El mito de la invasión de los arios 31

Capítulo 2. La religión védica 39
Los vedas 39
Los dioses védicos 44
Ritos de la religión védica 52
Cosmogonía y origen del hombre en la religión védica 55

Capítulo 3. Del brahmanismo al hinduismo 59
El brahmanismo, una religión sacerdotal 59
Rita-Dharma-Avidya-Karma-*Samsara* 63
Brahman, lo absoluto 65
El hinduismo: la religión eterna 68

El *Mahabharata* y el *Bhagavad Gita* 70
La Trimurti: Brahma, el creador del mundo;
Vishnú, el conservador del mundo;
Shiva, el destructor del mundo 74
El Samkya 86
Yoga 92
El tantrismo 100
El despertar de la Kundalini 103

Capítulo 4. Sidarta Gautama,
de príncipe mimado a Buda 107
Entre realidad histórica y leyenda 107
Un crisol de nombres 111
Los diferentes budas 114
Del nacimiento al despertar..... 118
De la primera comunidad
hasta el mahaparanirvana de Buda 126

Capítulo 5. Budadharma, las enseñanzas de Buda 133
Las Cuatro Nobles Verdades 137
La doctrina 149
La meditación budista 155

Capítulo 6. El budismo de los orígenes 161
El budismo antiguo 161
El budismo "Hinayana" 163
El budismo antiguo de las dieciocho escuelas 165
Algunas escuelas destacadas del budismo antiguo .. 167
El Primer Concilio Budista 175
El Segundo Concilio Budista 178
El Tercer Concilio Budista 180
El Cuarto Concilio Budista 182
El Quinto Concilio Theravada 182
El Sexto Concilio Theravada 183
La diáspora budista en el sureste asiático 183
El canon pali 187

Capítulo 7. El budismo Mahayana 191
Desarrollo histórico 191
La doctrina Mahayana 194
El «padre» del Mayahana 198
La escuela Madhyamaka 200
La escuela Cittamatra (sólo Espíritu) 203

Capítulo 8. El budismo chino 207
Los textos del budismo chino 216
Las escuelas del budismo chino 218
La evolución del budismo chino
hasta la actualidad 226

Capítulo 9. El budismo japonés 231
La llegada del budismo a Japón 231
Las seis sectas budistas de la época Nara (710-794) .. 236
El budismo de la época Heian (794-1185) 240
El budismo
de la época Kamakura (1192-1333) 246
El budismo popular
después del período Kamakura 251

Capítulo 10. El budismo tibetano 265
El Vajrayana, el budismo tántrico y mágico 265
El budismo en el Himalaya 272
La llegada del budismo al Tíbet 276
El budismo tibetano
un budismo sincrético y chamanista 283
La práctica del budismo tibetano a diario 288
Los textos sagrados del tantrismo 293
La teocracia de los monjes 295
Los Tulkus,
reencarnación, institución y negocio 298
El Tibet mágico 303

Bibliografía 307

Introducción

Aparecido en la India en el siglo v antes de nuestra era (según las últimas investigaciones históricas), el budismo encuentra sus fundamentos en las enseñanzas de Sidarta Gautama (Sakyamuni), Buda, personaje histórico que mostró la vía de la iluminación y la liberación (el nirvana). Sin embargo, hay que entender que el budismo no nace de la nada, sino que tiene profundas raíces en el hinduismo, razón por la cual este libro dedica sus primeros capítulos a la India prebudista.

El término «buda» (con be minúscula; no confundir con el Buda histórico, que se escribe con be mayúscula) es una palabra sánscrita que se traduce como 'iluminado', es decir, un ser libre de la ignorancia, que ya no es prisionero de las apariencias ilusorias que impiden discernir la realidad tal como es. El budismo enseña que todos los seres poseen la naturaleza de buda (*tathagata-garbha*, en sánscrito).

Mediante la meditación, el practicante budista observa sus pensamientos sin dejarse llevar por ellos, apacigua su mente y es capaz de reconocer su verdadera naturaleza (*shunyata*, vacío).

Esta práctica de la meditación budista permite, en primer lugar, desarrollar cualidades como la compasión, la sabiduría y la ecuanimidad y, en segundo lugar, eliminar gradualmente el ego, la fuente de todo sufrimiento.

En rigor, no puede considerarse el budismo como una religión, sino más bien como «un camino de liberación». No obstante, y debido a los cultos populares tributados a la figura de Buda, puede admitirse el budismo como una forma de religión, si bien el Buda histórico nunca pretendió ser un ente divino, sino un hombre ordinario. Tampoco es una filosofía, aunque sus diferentes interpretaciones hermenéuticas lo pueden vincular de algún modo a un corpus filosófico.

El budismo, término forjado en Occidente en el siglo xix, se difundió por una gran parte de Asia, desde la India a Japón, pasando por Sri Lanka, Indonesia, Birmania y China.

Gautama, más conocido por el nombre de Buda, es un personaje histórico, divinizado en los siglos que seguirán a su muerte. Aunque las fechas que marcaron su existencia son objeto de discusión, se estima que su biografía abarca un período a caballo entre los siglos v y iv antes de nuestra era. Tras abandonar una existencia real para vivir durante varios años como asceta, Buda se dedicó a la meditación. A través de esta práctica alcanzó el despertar (o nirvana), la liberación del sufrimiento por el conocimiento de la vida, de la muerte y del infinito. Consciente de que esta experiencia en concreto no podía compartirse, se contentó con descubrir los métodos que permitían llegar a tal liberación. Así, en torno al 525, les enseñó a sus cinco primeros discípulos las Cuatro Nobles Verdades: la definición del sufrimiento, que es universal;

la procedencia de este sufrimiento, que viene del deseo; la posibilidad de interrumpirlo y los medios para lograr el nirvana.

A la muerte de Buda, que había pasado sus últimos años difundiendo su enseñanza, los monjes se habrían reunido en Rajagraha para un Primer Concilio. Allí se habrían rememorado todas las palabras del «Bienaventurado», con el fin de poder retransmitirlas oralmente a las generaciones futuras. Así, el budismo radica ante todo en una tradición oral de varios siglos de antigüedad. Los textos resultantes, llamados *Tipitaka* ('Tres Canastas'), y escritos en primer lugar en pali y luego en sánscrito, serán reunidos y completados sólo al principio de nuestra era. Esa es la razón por la cual los especialistas utilizan las fuentes budistas con mucha precaución, pues saben que las certezas son escasas, puesto que, ya desde el Segundo Concilio, celebrado en el siglo IV a. C., las disensiones afloran entre los adeptos. Estos se dividen entonces en dos corrientes de pensamiento: mahasamghika y sthaviravadin. Es muy probable que, entre algunas de las dieciocho escuelas nacidas en el transcurso de este concilio, los desacuerdos tuvieran como propósito modificar los textos originales para atribuirse una credibilidad mayor.

En el siglo III antes de nuestra era, el Tercer Concilio se celebra en Pataliputra, bajo la dirección del emperador Asoka. Este soberano, cansado de las guerras y del sufrimiento, quiso restablecer un reino pacífico basado en el budismo. Es él, pues, quien impulsa la primera expansión de las palabras de Buda. En el momento del concilio, todos los monjes se ponen de acuerdo sobre la necesidad de enviar predicadores más allá de sus fronteras. Así es como Mahinda, monje e hijo de Asoka, difunde la enseñanza budista en Ceilán (el futuro Sri Lanka). La expansión del budismo avanza porque ofrece una esperanza de liberación inmediata, lo que atrae siempre a

más adeptos. Además, no implica un rito particular y da lugar a muchos sincretismos con el hinduismo y los cultos populares.

El budismo aparece en China alrededor del siglo I de nuestra era, pero empieza a arraigar a partir del siglo V, bajo la dinastía de Wei. Alcanzará luego Vietnam y Corea. En este país, entonces dividido en diferentes reinos, adoptan la enseñanza budista en el siglo VI, antes de que pase a extenderse a Japón en el siglo VI, a través del rey de Paekche. El budismo se implantará con firmeza en Japón durante la regencia del príncipe Shotoku (593-621).

En el Tíbet se difunde el budismo tántrico mediante las enseñanzas del monje Padmasambhava, en el siglo VIII. El budismo tibetano se caracteriza por un profundo sincretismo entre el chamanismo bön y el budismo tántrico.

Al principio de la era cristiana, el budismo conservaba sólo la escuela Theravada. La difusión de esta corriente del budismo y la ausencia de una ortodoxia sólida y global originaron múltiples escuelas de pensamientos, que se dejaron influir por las creencias ya presentes en los territorios por donde se propagaron. Tras varios siglos de existencia, el budismo se dividía pues en tres grandes tendencias:

- El Pequeño Vehículo o Hinayana, basado en las enseñanzas primitivas (la corriente Theravada es la única escuela que permanece de este budismo primitivo) y en el hecho de que el despertar es asequible sólo a un reducido número de adeptos. No obstante, se sabe que el término despectivo «Pequeño Vehículo» fue una invención de la corriente Mahayana, que intentaba así desacreditar al budismo

Theravada para promover las excelencias de su propia doctrina.

- El Gran Vehículo o Mahayana, que defiende los conceptos búdicos reformados y deifica al Buda histórico. El Gran Vehículo hace del budismo una práctica abierta y orientada a la compasión.
- El Vehículo de Diamante o Vajrayana es algo posterior (apareció en el s. VII) y recibió influjos del tantrismo, una corriente del hinduismo basada en los tantras. El Vehículo de Diamante hace hincapié en las prácticas rituales capaces de llevar a la liberación (nirvana). Se desarrollará fundamentalmente en el Tíbet.

El budismo evolucionó de maneras diferentes según las zonas geográficas donde se implantó. En realidad, habría que hablar de la historia de los budismos y no del budismo. En la India, por ejemplo, sufrió una contrarreforma brahmánica desde el siglo VII que provocó su declive. Cuando en el siglo XII el sudeste asiático fue conquistado por el islam, el budismo casi desapareció del territorio. De manera similar, en China, el budismo conoció varios momentos de represión hacia 845. En esta fecha, el emperador Wuzong prohibió todo culto extranjero y esto motivó una cierta decadencia del budismo. No obstante, en otros territorios, el budismo se renovó y adaptó a los cambios sociales y a las políticas de la Historia. Tal es el caso en Japón, donde en el curso del período de Kamakura (1185-1333) las nuevas escuelas budistas vieron la luz: las corrientes Zen y Nichiren.

A pesar de las etapas de decaimiento, el budismo queda anclado en los países que conquista. La filosofía budista, además de ser muy tolerante, se interesa por cuestiones existenciales universales a las cuales propone explicaciones, pero también soluciones prácticas. Dichas características

son, sin duda, las que le permitieron difundirse de una manera tan amplia y arraigar profundamente en el seno de las poblaciones. Es también una de las razones que explica su capacidad de adaptarse con facilidad a la evolución del mundo. En el siglo xxi, está todavía muy presente (bajo diferentes formas) en Tailandia, en Birmania, en Sri Lanka, en Nepal y en Japón, donde evolucionó mucho. Conoce por otro lado una cierta renovación en China, aunque bajo el control del gobierno, y en la India a partir de la década de los cincuenta, y suscita cada vez más interés en Occidente.

1

La civilización del valle del Indo

Una cultura brillante

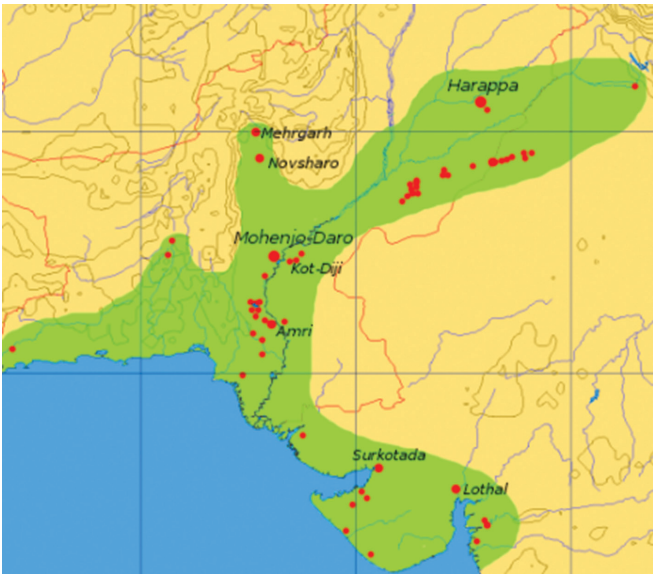
La cultura de Mehrgrah (7000 a. C.), descubierta por el arqueólogo francés Jean-François Garrige entre 1974 y 1985, fue el molde de la civilización del valle del Indo (5000 a. C.-1900 a. C.), también llamada cultura de Harappa, una civilización de la Edad del Bronce cuya área geográfica principal abarcaba el valle del río Indo, es decir, la región del Sind en Pakistán; las regiones actuales de la India integradas por Cachemira, Punjab, Haryana, Guyarat, una gran parte de Rajastán, Maharastra y la zona occidental del Uttar Pradesh; territorios en Nepal y Baluchistán (una región dividida entre Afganistán, Pakistán e Irán).

Olvidada por la Historia hasta su redescubrimiento en los inicios del siglo xx, la civilización del Indo puede considerarse una de las más antiguas de la

humanidad junto con las civilizaciones de Mesopotamia y del Antiguo Egipto, que surgieron poco antes, aunque la del Indo tenía una extensión geográfica más vasta, con un millón de kilómetros cuadrados. Hoy en día se contabilizan unos dos mil seiscientos asentamientos, de los cuales ciento cuarenta se encuentran en las orillas del Ghaggar-Hakra, un afluente del Indo.

Según las hipótesis actuales de arqueólogos e historiadores, el Ghaggar-Hakra regaba en otro tiempo la principal zona de producción agrícola de la civilización del Indo (tierra muy fértil en cereales, como el trigo y la cebada, y en legumbres). Los demás asentamientos se encuentran en la frontera con Irán, en el este hasta Delhi, en el sur hasta Maharastra y en el norte hasta el Himalaya. Entre estos asentamientos arqueológicos se hallan dos famosas ciudades, la de Harappa y la de Mohenjo-Daro (descubiertas por el arqueólogo John Hubert Marshall a principios del s. xx), pero también numerosas ciudades antiguas como Rakhigarhi, Dholavira, Ganweriwala y Lothal. En su apogeo, hacia 2600-1900 a. C., la población del valle del Indo podría haber sobrepasado los cinco millones de personas.

Los dos principales asentamientos de Harappa y de Mohenjo-Daro revelan una estructura urbana particularmente desarrollada, con ciudades que albergaban hasta treinta y cinco mil habitantes. Estas ciudades presentan un recinto elevado, construcciones en ladrillo, edificios de reunión, graneros colectivos protegidos por gruesas murallas, arterias amplias de casi diez metros de ancho, calles alineadas y alcantarillas. Además disponían de salas de baño con aguas de drenaje. En cambio, y contrariamente a Egipto, no existen rastros de edificios religiosos importantes. Esto no significa, por supuesto, la ausencia de vida religiosa, que puede inferirse tras observar los sellos de esteatita donde se muestran escenas de sacrificios de animales. Otros sellos de esteatita parecen representar



Hallazgos de las principales ciudades de la civilización del valle del Indo durante la Edad del Bronce, que alcanzó su máximo esplendor entre 2600 a. C. y 1900 a. C.

al dios Shiva en posición de yoga. Muchos especialistas (como Mircea Eliade y Alain Danielou) piensan que los pueblos del valle del Indo conocían un culto protoshivaísta. Otros ven en estas culturas el origen lejano del hinduismo.

Esta civilización, además, conoce las industrias de la antigüedad: tejido, trabajo de los metales, confección de joyas, labra de piedras semipreciosas, alfarería.

A partir de la segunda mitad del III milenio a. C., los intercambios entre el valle del Indo y el golfo Pérsico están atestiguados por las tabletas sumerias que hacen referencia a un comercio oriental que importa de la



Vestigios arqueológicos de la ciudad de Mohenjo-Daro, en el Pakistán actual. Fue uno de los asentamientos urbanos más destacados de la Antigüedad, comparable con las civilizaciones de Mesopotamia, del Antiguo Egipto y de Creta.

lejana Meluhha, palabra sánscrita con la cual parecen referirse a la India. Numerosos sellos y jarras se han descubierto en yacimientos arqueológicos del golfo Pérsico, en la región identificada con Dilmun, que en los textos mesopotámicos sirve de intermediaria con Meluhha. Enclaves comerciales de algunas ciudades del valle del Indo, como Harappa, aparecen en Shortugai, en el nordeste de Afganistán; en Sutkagan Dor, ubicado en la frontera entre Pakistán e Irán, o en Lothal, en Guyarat. Grandes poblados dedicados al comercio se reparten por el Turkmenistán meridional (Altyndepe, Namazgadepe) y los contactos con Baluchistán se mantienen desde el V milenio antes de Cristo.

El patrimonio artístico se enriquece con una estatuaria de barro cocido y bronce, un ejemplo de ello es la Joven Bailarina de Mohenjo-Daro, en el Museo Nacional de Nueva Delhi. En 1946, Mortimer Wheeler descubrió en Harappa centenares de estatuillas de terracota, que representaban a diosas de la fertilidad y otras a animales como el búfalo, el mono, el tigre o el elefante.

Otra característica de esta civilización del Indo es su carácter pacífico. Al contrario que en otras civilizaciones de la Antigüedad, las investigaciones arqueológicas no ponen en evidencia aquí la presencia de dirigentes poderosos, grandes ejércitos, esclavos, conflictos sociales, prisiones y otros aspectos clásicamente asociados a estas sociedades.

Esta civilización desaparece hacia mediados del segundo milenio antes de nuestra era, aunque perdura en algunos lugares del Punjab y de Uttar Pradesh (1700 a. C.). Existen dos hipótesis acerca de su desaparición. La primera es de índole natural, y sostiene que se debió a un fenómeno climático tectónico. En el siglo xxvi a. C., el valle del Indo era verdoso, silvestre y hormigueaba de vida salvaje. También resultaba mucho más húmedo. Alrededor de 1800 a. C., el clima varió, y se volvió notablemente más frío y más seco. Pero esto no basta para explicar el hundimiento de la civilización del Indo.

El factor decisivo podría ser la desaparición de porciones importantes del Ghaggar-Hakra, identificado por muchos investigadores con el río Sárasuati (que aparece en los *Vedas*, las escrituras sagradas de la India). Una catástrofe tectónica podría haber desviado las aguas de este sistema con destino al Ganges. De hecho, este cuasi mítico río cobró realidad cuando, a finales del siglo xx, las imágenes por satélite permitieron reconstituir su lecho en el valle del Indo. La región, sin duda, es conocida por su actividad tectónica y existen indicios que llevan a pensar que acontecimientos

sísmicos mayores acompañaron el hundimiento de esta civilización. Las consecuencias sobre las poblaciones del valle del Indo debieron de ser devastadoras pues, ante la imposibilidad de cultivar, tuvieron que abandonar las ciudades y los campos.

La segunda hipótesis, y la más difundida, corresponde a la supuesta invasión de los arios. Esta teoría, hoy muy contestada, sostiene que un pueblo de jinetes y guerreros nómadas de «raza indoeuropea», conocido con el nombre de «arios» y originario de Irán, experimentó una gran expansión demográfica y militar entre los siglos XVII y XVI a. C., e invadió Europa y el norte de India.

El primero en formular esta teoría fue el abad, e indianista francés, Jean-Antoine Dubois. Después la desarrolló, en el siglo XIX, el indianista germano-británico Max Müller. Su postulado establece que la denominación de arios (o *aryas,* en sánscrito) designa a una etnia en particular, la cual practicaba una religión codificada en los *Vedas,* ya en el siglo XI a. C. Instalado en la llanura indo-gangética, este pueblo se hizo sedentario y expulsó a las poblaciones autóctonas del norte de la India, los dravídicos, que tuvieron que emigrar hacia el sur del subcontinente indio. Se trató pues de una invasión violenta que impuso a los pueblos sometidos una cultura, una lengua original (indoeuropea) y un panteón religioso. Tanto en Europa como en la India esta invasión se habría producido alrededor del 1500 antes de Cristo.

Siempre según esta teoría, los arios constituyeron una sociedad muy estructurada. Los aristócratas no se mezclaban con las poblaciones autóctonas, a las que consideraban inferiores. Impusieron una organización social basada en las cuatro castas (*varna*):

- Los brahmanes, la clase superior encargada de los ritos religiosos y del culto.



Sellos de terracota hallados en Mohenjo-Daro del año 2000 a. C. En uno de ellos aparece un yogui en postura de meditación.

- Los *kshatriya*, o chatria, la clase noble de guerreros.
- Los *vaishya*, la clase compuesta por agricultores, ganaderos y artesanos.
- Los *shudra*, los servidores.

Los dravídicos fueron reducidos progresivamente a la esclavitud. El carácter elitista de los arios se nutría de la religión, que excluía a las poblaciones de casta baja, los autóctonos. Esta sociedad estaba reglamentada por los textos sagrados, los cuatro *Vedas,* que constituyen la referencia, el conjunto de los valores normativos en el ámbito religioso (rito, creencia) y social (organización ideal de la sociedad y la ética política). La religión es esencialmente

ritual. La religión védica dota de base filosófica al hinduismo actual. El vedismo desapareció alrededor del siglo v a. C. y dejó paso al brahmanismo. El corpus de la literatura védica conformaba la herencia de los arios, del mismo modo que la poesía y los cuentos mitológicos. Políticamente no existió un imperio ario. Esta sociedad estaba organizada a partir de numerosos reinos dirigidos por familias principescas locales, y hasta el siglo vii a. C. existieron dieciséis reinos importantes en la India.

El sánscrito y Occidente

El descubrimiento del sánscrito por los eruditos europeos constituye uno de los momentos capitales de la historia de la lingüística moderna. En efecto, estos indianistas de primera hora observaron enseguida que existían grandes similitudes entre el sánscrito y diversas lenguas europeas. Así, *pita* en sánscrito (es decir, 'padre'), se convierte en *pater* en latín, y *père* en francés. *Deva* (es decir, 'dios') es *deus* en latín, y en francés *dieu*. *Agni,* 'luz', el fuego de los *Vedas*, se hace *ignis* en latín, *ignite* en inglés e *ignition* en francés. Poco después de este descubrimiento, los filólogos se percataron de que los antiguos lingüistas indios, como el gramático Pánini, habían desarrollado la ciencia de los lenguajes mucho antes de que existiera en Europa. Así es como el estudio del sánscrito revolucionó la lingüística europea, hasta tal punto que Leonardo Bloomfield, uno de los pioneros de la lingüística moderna, afirmó que el opus de Pánini, el *Astadhiai*, era «uno de los grandes monumentos de la inteligencia humana».

Pero uno de los más insignes precursores del sanscritismo es, sin duda, el inglés William Jones, juez de la Corte Suprema en Calcuta y fundador de la Sociedad Asiática. Es él quien afirmó en febrero de 1786: «La lengua sánscrita, cualquiera que sea su antigüedad, posee

una estructura maravillosa; es más perfecta que el griego, más generosa que el latín y también más refinada que ambas. Posee, sin embargo, tal afinidad con ellas que ningún lingüista puede deducir que no provienen de la misma fuente».

Otros precursores que, antes de William Jones, se percataron de las similitudes del sánscrito con otros idiomas indoeuropeos fueron el holandés Marcus Zuerius van Boxhorn (1612-1653) y el jesuita francés Gaston Leroux Coeurdoux (1691-1779).

William Jones fue el primer lingüista europeo que utilizó los servicios de los *pandits*, es decir, de los brahmanes que mantuvieron oralmente, y luego por escrito, la gran tradición védica. Esta colaboración, a finales del siglo XVIII, entre los burócratas de su majestad y los *pandits*, dio unos resultados muy positivos. Hay que añadir que a finales del siglo XVIII y a principios del XIX, los británicos todavía no habían extendido su control sobre toda la India. Las relaciones entre indios e ingleses estaban entonces basadas en un respeto mutuo, al no existir aún el concepto de superioridad racial. «No soy un hindú, pero considero la doctrina de la reencarnación más racional y más apta para alejar a los hombres del vicio que el castigo sin fin del infierno cristiano», confesó William Jones.

Sin embargo, las relaciones entre los británicos y los hindúes cambiaron de un modo radical tras la rebelión hindú de 1857. Fue a partir de ese momento cuando los proselitistas misioneros cristianos en la India empezaron a considerar a los autóctonos como una raza degenerada, cuya fe idólatra había que erradicar por cualquier medio. De ahí la invención del mito ario. Los misioneros cristianos pervirtieron el término «ario», que entre los vedas significa 'noble', e hicieron de aquel un concepto racial totalmente inventado.



Vestigios arqueológicos de Harappa, en el Pakistán actual, uno de los focos urbanos más brillantes de la antigua civilización del Indo.

Charles Grant (1746-1823), director de la East India Company, resumía a la perfección esta colaboración estrecha entre el soldado y el sacerdote, cuando escribía: «No podemos dejar de comprobar que el pueblo de la India es una raza de hombres lamentablemente degenerada y baja, gobernada por pasiones malévolas y licenciosas, y sumergida en la miseria por sus vicios».

Claude Buchanan, un capellán célebre vinculado a la East India Company, iba todavía más lejos: «No podemos encontrar en el corazón de un indio la verdad, ni la honradez, ni el honor, ni la gratitud, ni la caridad». Lord Hastings, gobernador general de la India, aprobaba sin ambages las consideraciones raciales de su capellán. En un extracto de su diario íntimo, con fecha del 2 de octubre de 1813, escribía: «El indio parece ser un humano limitado a funciones simples y animales, con un intelecto semejante al perro, al elefante o al mono».

El mito de la invasión de los arios

Hemos visto que la tesis de la «invasión aria» de la India fue elaborada en el siglo XIX por pseudoindianistas, como Max Müller, en una época en la que no existían estudios arqueológicos serios. Müller, por otra parte, no era un sabio, ni un arqueólogo, pero sí un lingüista. La invasión aria es esencialmente una teoría lingüística que procura establecer similitudes entre el sánscrito y las lenguas europeas, y por consiguiente se trata sólo de una especulación. Por desgracia, lo que era una simple teoría, una suposición, se convirtió con el curso de los años en un credo ciego. Lo absurdo de la teoría de la invasión aria queda patente en sus inmensas contradicciones.

Por ejemplo, el arqueólogo inglés Mortimer Wheeler, después de haber descubierto algunos esqueletos en Mohenjo-Daro, concluyó de manera apresurada que se correspondían a los restos de «dravídicos» masacrados por los arios. Lamentablemente para él, un estudio moderno de la estratificación de estas excavaciones reveló que existían varios siglos de diferencia entre la inmensa mayoría de los cementerios que Wheeler había identificado como asentamientos de masacrados, lo que quedó confirmado más tarde por nuevas excavaciones emprendidas por el arqueólogo G. F. Dale. Esto quiere decir, por supuesto, que los yacimientos de las pretendidas víctimas, es decir, los dravídicos, y los yacimientos atribuidos «a los invasores», pertenecen en realidad a períodos totalmente diferentes, separados por centenares de años.

Otro argumento de nuestros indianistas de primera hora: el caballo fue llevado a la India por los invasores arios. Pero esto es falso; el caballo y el elefante ya habían sido domesticados por los pueblos del valle del Indo mucho antes de la supuesta invasión aria. Se hallaron huesos de caballos en Koldiwha y Mahagara, en la India

central, y los análisis de carbono 14 mostraron que databan del 6570 antes de Cristo.

Los arqueólogos del siglo xix y principios del xx pretendieron también que los numerosos sellos de piedra con signos y símbolos, descubiertos en las ruinas de Mohenjo-Daro y de Harappa, estaban escritos en un lenguaje dravídico o protodravídico, argumento que, por supuesto, venía a fundamentar sus teorías de la invasión de los arios. Sin embargo, el lenguaje dravídico más antiguo que se conoce, el tamil, cuenta con tan sólo dos mil años, mientras que el análisis de carbono 14 de los sellos de Harappa revela que tienen cuatro mil años de antigüedad. La conclusión que se impone es que los habitantes de la civilización del valle del Indo parecen haber poseído creencias y costumbres védicas antes de la invasión de los arios, y no la inversa.

Durante millares de años, los hindúes han venerado al río Ganges. Pero de forma extraña en los tiempos védicos era otro río, el Sarasvati, el venerado. En el *Rig Veda*, por ejemplo, el Ganges se menciona sólo una vez, mientras que el Sarasvati es alabado en unas cincuenta ocasiones. Le dedican algunos himnos, como el II.41.16, donde se dice que es «Sarasvati, la mejor de las madres, el más bello de los ríos, la diosa más maravillosa». Según la literatura védica, Sarasvati era entonces el río más importante de la India y fluía al oeste del actual río Yamuna.

¿Se trataba, pues, de un mito? No, porque fotografías tomadas por el satélite americano Landstat, y luego por el satélite francés Spot, permitieron descubrir el lecho de este río magnífico, que en su tiempo de esplendor alcanzaba hasta catorce kilómetros de anchura, nacía en el Himalaya y fluía a través de los estados de Haryana, de Punjab y de Rajastán, antes de desembocar en el mar cerca de Bhrigukuccha.

La revelación del lecho del Sarasvati resuelve numerosos misterios, como el de los trescientos yacimientos

arqueológicos descubiertos por los arqueólogos paquistaníes Durrani y Mughal, que demostraron que dichos yacimientos no se asentaban en las orillas del antiguo río Indo, como se creía entonces, sino en las orillas de Sárasuati.

En 1991, el arqueólogo americano Marc Kenoyer dibujó un mapa del antiguo noroeste de la India y de Pakistán, que muestra que la concentración más grande de yacimientos arqueológicos se encontraba a lo largo del antiguo Sarasvati.

Si los arios invadieron la India en 1500 a. C., ¿cómo pudo elaborarse el *Rig Veda* en 1200 a. C., con unas descripciones de una India mucho más antigua? Esto también genera otra cuestión todavía más importante: ¿por qué los arios, que según los historiadores atravesaron seis ríos (el Indo y sus afluentes), antes de subyugar a los dravídicos, establecieron la mayoría de sus colonias a lo largo de un río que se había secado varios siglos antes? Pero el *Rig Veda* describe la geografía del norte de la India tal como era antes de que el Sarasvati se secara. Lo que significa sencillamente que la civilización del valle del Indo era una continuación de la civilización védica.

Por eso la teoría de la invasión aria en 1500 a. C. y de la composición de *Vedas* en 1200 a. C. es pura ficción, así como la teoría de una guerra dravídica-aria.

Otra contradicción flagrante: estos supuestos invasores arios, analfabetos y bárbaros, según la tradición, se las habrían arreglado para elaborar una literatura sin igual en la historia de la humanidad: los *Vedas*, los *Brahmanas*, los *Puranas*, los grandes poemas épicos del *Ramayana* y del *Mahabharata*… ¡Y sin embargo, no hay ninguna evidencia arqueológica e histórica de que hayan existido! Paradójicamente, los habitantes de la civilización del valle del Indo nos dejaron restos arqueológicos de una gran belleza, pero nada de literatura. A esta historia sin literatura y a esta literatura sin historia se le llama la paradoja

de Frawley, por ser este último el primero en observar esta contradicción flagrante. ¿Cómo es posible que los arios, que fueron unos bárbaros, nos hubieran dejado tal literatura, mientras que los dravídicos, muy civilizados, no hubieran dejado ningún rastro de literatura?

Otra paradoja expuesta por Frawley: ciertos asentamientos del valle del Indo poseen altares védicos, lo que prueba que los dravídicos practicaban la religión védica antes de la llegada de los arios. Estos altares védicos poseen unas estructuras complejas, que necesitan un conocimiento profundo de la geometría. En la literatura védica hay unos tratados matemáticos, llamados *Sulbasutras*, que sirvieron de manuales técnicos para la construcción de estos altares. El matemático americano A. Seidenberg demostró que estos *Sulbasutras* constituían la fuente de todas las matemáticas antiguas, de la India o de Grecia, lo que invalida una vez más la teoría de la invasión aria.

Según Seidenberg, las matemáticas védicas dieron origen al rectángulo babilónico, así como a las matemáticas de Pitágoras, y es probable que los egipcios del Imperio Medio (2050-1800 a. C.) utilizaran estos mismos datos para construir sus pirámides. ¿Cómo entonces los *Sulbasutras*, que forman parte de los *Vedas*, pudieron concebirse en el 1200 a. C.? Además, sin el conocimiento geométrico y aritmético encontrado en los *Sulbasutras*, la sofisticación urbana de Mohenjo-Daro y de Harappa no habría sido posible.

Pero el golpe de gracia a la teoría de la invasión aria fue el desciframiento reciente de los sellos del Indo. Hasta aquí, la inmensa mayoría de los lingüistas compartían la hipótesis de que el alfabeto del Indo era protodravídico, sin ninguna relación con el sánscrito (asociado con los arios), y que era un alfabeto consonántico, donde las vocales no se escriben, sino que se asignan según el contexto (es el caso de la inmensa mayoría de los alfabetos

semíticos antiguos y del hebreo y árabe actual, donde ninguna palabra comienza con una vocal).

Pero el doctor Natwar Jha, lingüista y paleógrafo indio que desde hace más de veinte años se dedica a descifrar los sellos del valle del Indo, supuso que el alfabeto del Indo derivaba del sánscrito, que poseía vocales. Y si Champollion se valió de la piedra de Rosetta para descifrar los jeroglíficos egipcios, Jha utilizó el *Nighantu,* un antiguo glosario védico que censa todas las palabras sánscritas de importancia. Observó rápidamente que ciertos símbolos del *Nighantu* se encontraban bajo una forma más evolucionada en el alfabeto del Indo. Así, dos líneas que ondulan en paralelo y que representaban en otro tiempo un río, encarnaban en el alfabeto del Indo la consonante «n», primera letra de la palabra *nadi*, que quiere decir 'río' en sánscrito. Finalmente descubrió que, en realidad, el lenguaje del valle del Indo era un sánscrito fonético, que poseía un único signo para todas las vocales que se sitúan a principio de palabra, la interpretación de este signo que está vinculado a la lectura de la palabra. Gracias a estos descubrimientos se ha podido determinar que la antigua lengua elamita, hablada en Mesopotamia, derivaría del sánscrito del Indo y no al revés, como se pensaba antes.

Max Müller
El indianista y proactivista cristiano

La personalidad de Max Müller era una curiosa mezcla de romanticismo alemán y de beatería protestante. Durante mucho tiempo se pensó que Müller era un admirador incondicional del hinduismo; pero la publicación de sus cartas reveló su animadversión

hacia esta religión. Así, le escribe al duque de Argyll, en 1868: «La antigua religión india ha sido condenada, y si la cristiandad no interviene, ¿a quién incumbirá la falta?». ¡He aquí una clarísima invitación al proselitismo! También se creía que Müller tenía los *Vedas* en alta estima. Este extracto de una carta escrita a su mujer, en 1866, prueba exactamente lo contrario: «Mi traducción de los *Vedas* tendrá una influencia enorme sobre el futuro de la India y sobre la salvación de millones de almas indias. Porque les muestro la verdadera raíz de su religión, esta es la única manera de arrancar todo lo que ha emanado de ella desde hace tres mil años». Lo que no se sabía es que Max Müller estaba al servicio de los colonos ingleses, que le pagaban con el fin de diseminar desinformación acerca de la cultura de la India. Es Thomas Babbington Macaulay quien primero se fijó en el joven Max Müller. Macaulay era el apóstol de la educación anglófona y cristiana en la India. Decía: «Realmente creo que si conseguimos educar a los indios en nuestras escuelas, no quedará ni un idólatra dentro de treinta años. Y esto se logrará sin proselitismo, sin la más mínima interferencia en su libertad religiosa».

Macaulay pensaba que la mejor manera de convertir a los indios, en particular a los brahmanes, era utilizar su respeto para la erudición, con el fin de convencerlos de lo bien fundado de la doctrina cristiana. Con esta meta buscó a alguien «que pudiera dar tal interpretación de los *Vedas*, que los brahmanes reconocieran su inferioridad intelectual con relación al Nuevo Testamento». Finalmente, en 1854, el embajador de Prusia en Inglaterra, el barón Von Bunsen, le presenta a Macaulay a Max Müller. Este era, por aquel entonces, un joven erudito que estudiaba en Inglaterra. Macaulay le propuso adelantarle cien mil rupias, una pequeña fortuna, si aceptaba traducir los *Vedas* de tal manera «que empujase a los hindúes a abandonar su religión».

Müller acepta y alcanza la gloria: en el espacio de una decena de años será reconocido como el sanscritista y el erudito védico más grande de la humanidad. Esto no le impedirá escribir a su hijo, algunos años más tarde, lo siguiente: «¿Quieres saber cuál es el libro más sagrado a mis ojos? Esto puede parecerte lleno de perjuicios, pero para mí es el Nuevo Testamento; luego pondré el Corán, que en sus enseñanzas morales es, después de todo, una imitación del Nuevo Testamento. Después, las escrituras budistas del *Tipitaka*, el *Tao*, y por fin los *Vedas*…».

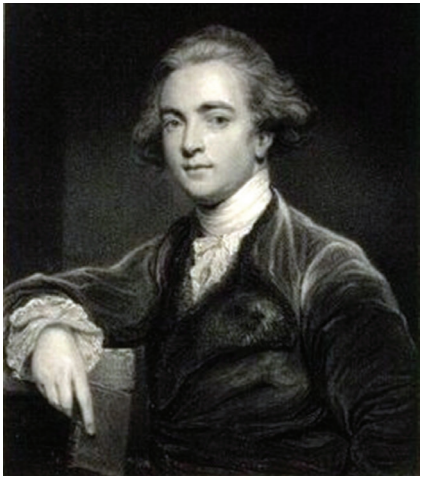
Max Müller, como todo buen cristiano de su época, creía firmemente, según afirma la Biblia, que el mundo había nacido el 23 de octubre del año 4004 a. C. «Tengo por verdadera la versión de la Creación tal como es contada en el Génesis», le escribe al duque de Argyll en 1902. ¿Cómo podía, pues, suponer que los *Vedas* hubieran sido escritos antes de esta fecha por una civilización brillante y sofisticada? Irónicamente, su conocimiento del sánscrito no era tan profundo como se pensaba. Hay que saber que los *Vedas* se recitan cantando; la dicción y la fonética son, por tanto, extremadamente difíciles para un occidental. Transcritos, se leen un poco como una partición de música que debe descifrarse. Todos los grandes eruditos de sánscrito pasaron años en la India, junto a los grandes *pandits* ('eruditos'), para aprender el sánscrito.

Pero Max Müller, y muchos lo ignoran, jamás puso un pie en la India en toda su larga vida. Un día, Müller estaba en su despacho de la universidad de Óxford, cuando un indio con un vestido largo le habló en un lenguaje que él no podía comprender. «¿No habla sánscrito?», le preguntó entonces aquel indio. A lo que Müller contestó: «No, jamás había oído hablarlo».

Hoy muchos sanscritistas consideran que su interpretación de los *Vedas* constituye no sólo una

desinformación patente, sino que es primaria e incompleta. Por otra parte, Müller comentaba en su tiempo: «Los *Vedas* están llenos de concepciones infantiles, estúpidas y monstruosas algunas veces. Son fastidiosos, mezquinos, vulgares, egoístas, estrechos de miras, y pocos sentimientos nobles emergen de ellos».

¡He aquí lo que el sanscritista más grande del siglo xix pensaba de los *Vedas*!



El célebre filólogo William Jones (1746-1794) tradujo del sánscrito al inglés muchos textos sagrados de la India, como los *Vedas,* y obras de literatura como el *Kalidasa*.